

# Dejen en paz al tabaco

ALEJANDRO AURA

© Vino mi amigo José Sanchis, a quien tanto quiero, a casa, y como todos mis demás amigos hacen desde hace medio año, se abstuvo de fumar, hasta que, al aroma del café, la apatencia lo obligó a acudir a uno de los balcones —cerrados permanentemente en época de frío pero alcahuetes en cualquier circunstancia—, en el cual se solazó en su asquerosa adicción: fumó y fumó, pero sin que el humo entrara al salón en el que yo lo esperaba tratando de que no se rompiera el hilo de la conversación. No, hombre —le decía—, no te apures, fuma, fuma, a mí no me importa, no estoy afiliado a las explicaciones de moda. Y seguí, tratando de exponer mi punto de vista, sin poder evitar que volviera al redil sólo cuando acabó de fumar. Lo mismo me pasa con muchos amigos y hasta con mis hijos, cuando me visitan: que no fuman delante de mí, no por respeto, sino porque dízque no me haga daño.

Pues no creo que el tabaco tenga algo que ver con el cáncer. Perdón por la heterodoxia, pero francamente me sale con total naturalidad decirlo. Si me argumentan que se han hecho estudios estadísticos de sobra al respecto yo les preguntaría si han tomado en cuenta en sus estadísticas a cuántos enfermos de cáncer, a los que han clasificado, justamente, como fumadores, les han averiguado si también son comedores de productos enlatados o leche condensada o jamón industrializado o pan con conservador o refrescos con colorantes y saborizantes, o sal, azúcar y harinas refinadas, o si son respiradores de polución urbana, incluidas las emisiones de vehículos automotores, el asbesto en los materiales de construcción o las pródigas chimeneas de las industrias que hacen que la vida sea en todas partes un poco londinense, o si son usuarios habituales de telas sintéticas de tal o cual característica, o si se aplican desodorantes y odorificantes de laboratorio, y podría seguir hasta la náusea, porque en realidad seguimos, a principios del siglo XXI, y lo digo por si trasciende, sin saber a ciencia cierta qué lo provoca.

Incluido lo no material. Además de que no desecho la posibilidad de que sea algo que ancestralmente hemos considerado bueno, algún producto cultural como el queso, el vino, la fruta mejorada con artes de ingeniería genética, la repostería que nos acerca al abrazo materno o cualquier otra cosa que consumimos por la boca o que nos acercamos al cuerpo por cualquier otro lado: el jabón, la pasta de dientes, el champú, la ropa, la calefacción, los ventiladores.



Generador de ruido bucal con calavera. Diseño de RVC.

Entre las víctimas de la enfermedad, ¿se ha estudiado la incidencia del miedo al futuro, de la inseguridad constante, del disgusto de lo que se ha vivido, de la desolación que haya podido causarle al paciente la falta de afectos profundos, propios o ajenos; el exceso o carencia de autoestima, la mala o inoportuna apreciación de sus razones de estar vivo, la falta de un beso en el momento preciso, o cosas por el estilo que no acabaría de enumerar porque la vida es inagotable, como las razones de la muerte, que parecen ser sólo una?

No es que crea que el tabaco es inocente pero sí creo que su malignidad, que no niego por principio, como no me atrevo a negar las dificultades de cualquier otro trato de los seres humanos con su entorno, está, si es que está, en los procesos a que es sometido para enviciar a sus consumidores, en la larga lista de adherentes químicos que acompañan a la hierba para diferenciarla de todas las demás marcas del mercado; no en las suaves vegas que producen ese don de la naturaleza que es una hierba cuya combustión seduce al olfato casi tanto como el café cuando se tuesta. ¿Dicen que eso hace daño? No me chinguen.

Y creo, además, en el enorme prestigio que el tabaco ha adquirido desde que se dice que es el causante de males terroríficos: el cáncer, el enfisema, la angina de pecho y otros desajustes mortales. Montones de muchachos en todo el mundo aceptan el reto con alegría. Qué va: no disminuye, aumenta su consumo. Quién no lo va a querer si es casi tan atractivo como el amor, con el agregado de la muerte.

Pero la embestida contra el tabaco es seria, seria y consistente; ha entrado en los parlamentos y ha generado legislación. Ya me imagino a un parlamento de cualquier lugar del mundo legislando en contra del automóvil porque ocasiona miles y miles de muertes al año en cualquier país, particularmente en los del llamado primer mundo, no sólo por los gases y humos que emite, que entran en la manga ancha de las investigaciones de salud pública, sino por los altísimos riesgos de colisión con

resultados mortales. En España, por ejemplo, llevan el cómputo de muertos por esta causa al año, día a día, en los programas noticiosos de televisión: muchos más que las víctimas del terrorismo, al que le tienen justamente declarada la guerra total.

Se prohíbe el uso del automóvil. De ahora en adelante todos los ciudadanos de este país se desplazarán en los transportes públicos que propiciará el Estado —no necesariamente estatales— movidos con energía no contaminante y sujetos al régimen de uso colectivo. Queda abolida la producción, importación, promoción y comercialización de vehículos automotores de uso particular y de los combustibles que los hacen moverse, excepto en el caso de las necesidades que el Estado juzgue indispensables para el servicio público. Esta ley se extiende a todo el territorio nacional, asumiendo las autoridades políticas los riesgos que representan tales medidas: las dificultades de traslado de la clase laboral, que están resueltas de antemano en los programas de operatividad del servicio público de transportes; la libertad de movimiento de particulares, garantizada por la eficiencia del transporte colectivo, y los conflictos internacionales derivados de la suspensión de pertenencia al régimen global de consumo de hidrocarburos y de automóviles.

¡Oh Dios, si eres, haz que yo alcance a ver semejante decreto en la precariedad de mi vida, antes de que el cáncer me consuma! Claro que tendrá que ser un decreto aprobado por la mayoría en un congreso legítimo, sin sospecha de autoritarismo ni —¡Dios nos libre!— de populismo, ni de nada que contradiga las leyes de la democracia.

Y que la gente pueda seguir fumando, si se le antoja, y que las industrias que de este antojo se benefician, cambien el proceso y le den a uno la hierbita pura secada al sol, como antes, y torcida a mano por estupendas mulatas que ponen de mesa sus muslos de cobre y de adherente sus íntimos fluidos para que al moverse el humo alrededor de nosotros podamos constatar que la vida es algo sano y eterno. ~



Sahumador con cabeza de serpiente y generador de ruido bucal. Diseño de RVC.